

no comisiones, compuestas de un magistrado, de un eclesiástico secular y de un religioso, las cuales debían preguntar individualmente á cada jesuita si quería renunciar al Instituto, ofreciéndole en este caso ventajas sin límites y todo el favor del poder. Solo tres ó cuatro Padres ancianos, sobre setecientos que había, se dejaron seducir por tan brillantes promesas.

Para formarse una idea, aunque incompleta, de la constante ocupación á que se dedicaban los Jesuitas en Rusia, no debemos admirarlos en el centro de las ciudades ni entre los niños que bendecían su nombre, por medio de un reconocimiento cuyas pruebas subsisten aun, en razón á los beneficios de la instrucción cristiana ó educación primera que les dispensaran. No es, en verdad, allí donde aparecieron mas grandes ya por el sacrificio de los goces humanos, ya por el asiduo trabajo á que se dedicaban; donde importa dirigirles una mirada es en medio de aquellas importantes misiones que el Gobierno ruso les dió á desbrozar. Hé aquí lo que sobre ellas escribía el P. Fidel Grivel desde las riberas del Volga á uno de sus amigos de Francia en 5 de abril de 1805: «Veinte meses hace que está encargada la Compañía de estas misiones, y se nota ya en ellas un cambio notable. Hay cien mil católicos diseminados por todo el país de Saratof, divididos en diez misiones, de las cuales hay seis en la orilla izquierda, y cuatro en la derecha del Volga, componiéndose cada una de dos, tres, cuatro ó cinco colonias ó aldeas: la mia está en Krasnopolis sobre la orilla izquierda. Tengo novecientos sesenta y dos comulgantes en cuatro colonias con una hermosa iglesia de madera en cada una de ellas.

«No es esto el Japon, ni el país de los Hurones, ni tampoco el Paraguay; es un diminutivo de la Alemania en cuanto á lo moral, y por lo mismo ya podeis ver que no es probable que logremos en este país la palma del martirio. Vivo aquí tan satisfecho y tranquilo, que de buena gana pasaria entre estas colonias el resto de mis dias.»

Carecían los Jesuitas en Rusia del atractivo del peligro y de la resistencia de los pueblos salvajes para excitarles; pero tenían en cambio la autoridad militar, que mas de una vez había puesto á prueba su ardiente celo, aunque circunscrito este á muy estrechos límites que les era imposible salvar sin exponerse á ser considerados como verdaderos criminales. Debían los Jesuitas moderar su ambición de civilizar por la fe, tanto por tener que luchar con los vicios

inveterados de aquellas poblaciones sin patria, y con la natural desconfianza de los griegos, como sucedió en Riga, como con las susceptibilidades protestantes que rehusaron constantemente á los Católicos un poco de aquel espacio y aire libre que para sí habían sabido tan bien conquistarse. Era la capital de la Livonia siempre la ciudad intolerante por principio, y la que mas se complacia á nombre de Lutero en oprimir la religion romana. Cada culto podia levantar su templo dentro los muros de la ciudad; solo á los Católicos les estaba prohibido el gozar de una prerogativa que con razon disputaban despues de tres siglos. Hacia el año 1802 levantaron los Católicos su voz hasta el emperador Alejandro pidiéndole algunos Jesuitas; y á consecuencia de esta petición recibió el P. Gruber la orden de hacer pasar tres de ellos á la Livonia, siendo los designados José Kamienski, Marcinkiewicz y Puell, que llegaron á su destino el 10 de febrero de 1804. El príncipe de Wurtemberg y los magistrados moscovitas recibieron con el mayor entusiasmo á aquellos religiosos; pronto no obstante conocieron estos las secretas enemistades con que iba su ministerio á ponerles en lucha. La mayor parte de los católicos de Riga se habían dejado arrastrar por esa fiebre de disipación que absorbe todos los grandes centros comerciales: empezaban ya á dudar los tres misioneros del resultado de su santa empresa, cuando se les presentó como auxiliar el P. José Coince en 1806.

Apenas conoció este último la posición moral en que gemían los habitantes de Riga, empleó todos sus esfuerzos por arrancarles de ella. Por una de aquellas inexplicables corrupciones de las que no debe acusarse á ningun culto, por no ser ninguno de ellos responsable de semejantes monstruosidades, resultó que el catecismo luterano que los padres se veían obligados á poner en manos de sus hijos, no era mas que un código de ateísmo y de lascivia. Entonces presentó Coince un catecismo que recibió la sanción de la autoridad; pero faltaba aun hacerlo aceptar á las familias, que era lo mas urgente y necesario, á fin de poder arrancar del vicio á aquella juventud de ambos sexos, y destruir en ella el germen de su precocidad al mal. No se ocultaba á Coince la extensión del mal; por esto procuró conjurarlo publicando libros de moral adecuados á la inteligencia degenerada de aquellos pueblos, y creando inmediatamente diferentes escuelas. Á fin de granjearse la confianza de los padres, encargó las funciones de institutrices á algunas nobles damas francesas y alemanas, que bajo la dirección de la condesa de

Cossé-Brissac y de la baronesa de Holk, dieron á aquella especie de salas de asilo de la infancia un admirable desarrollo. De este modo coadyuvando la beneficencia de la mujer á la caridad del Jesuita, pudo triunfarse en poco tiempo de todas las prevenciones y de los malos instintos que infestaban antes la Livonia.

No se contentó Coince con hacer casta y piadosa á la generacion naciente, sino que quiso tambien hacerla libre. Leyes iníquas pesaban, hacia ya tres siglos, sobre los Católicos, á quienes habian logrado los protestantes suecos privar del derecho de ciudadanía. Para esos emancipadores del pensamiento humano son considerados los Católicos como judíos del siglo XIV, á los cuales se les negaban los privilegios de la patria y hasta el honor de morir bajo la bandera nacional. Con ánimo esforzado emprendió el Jesuita la destruccion de aquel abuso de fuerza: hallábase á la sazón el marqués de Pallucci de gobernador de Riga en nombre del Czar. Comunicóle el P. Coince su plan de rehabilitacion, que no solo adoptó Pallucci, sino que se obligó además á favorecerlo con todo el ascendiente de la alta posicion en que se veía colocado. Reunió á este fin los notables de Livonia para someterles las proposiciones que el Jesuita le inspirara, y que fueron recibidas por estos con un grito de indignacion. Acusóse á Coince de sembrar la discordia en el país y de atentar á las leyes eclesiásticas y civiles. Vista la nulidad de las amenazas é insultos hechos al Jesuita para hacerle desistir de su generoso intento, procuróse suscitarle nuevos obstáculos, que no dieron á sus autores mas apetecidos resultados. Hasta se pretendió encausarle como perturbador, dando por resultado su enjuiciamiento, un decreto del Emperador que garantia á los Católicos la libertad de creer y de orar en comun.

Tampoco habian tenido hasta entonces los Católicos el triste privilegio de hacer abrir á sus pobres ó enfermos las puertas de los hospicios públicos. Coince fue el primero que triunfó del Protestantismo, y que concibió la generosa idea de ofrecer un asilo al sufrimiento cuyo único consolador era. Aunque le faltaban todos los medios, y no tenia otro apoyo que su celo, supo aquel hombre esperar contra toda esperanza, teniendo al fin la gloria de llevar á feliz término las tan arduas empresas. Juzgó indispensable un hospital; interesó al marqués de Pallucci en sus proyectos; dirigióse á todos los demás que podian secundarle en su generosa idea; conmovió los corazones, despertó en las almas el sentimiento de la piedad;

siendo el resultado de tantos afanes la colocacion de la primera piedra de aquel edificio en 16 de julio de 1814. En 15 de agosto de 1815 consolaba ya aquella morada de la indigencia todas las miserias.

No obstante, la tempestad dirigida por las Sociedades bíblicas empezaba á amenazar de cerca á la Compañía de Jesús. El P. Coince, que era uno de los adversarios mas temibles de su sistema, fue el primero que recibió la orden de abandonar aquella nueva patria que regara tantas veces con sus sudores, fecundizando en ella sin mas apoyo que la irresistible fuerza de su voluntad tantos milagros de civilizacion. Preciso le era renunciar á sus obras favoritas tan laboriosamente empezadas, ó abjurar el Instituto de san Ignacio; pero ni el P. Coince ni sus compañeros titubearon un momento: entraron proscritos en el imperio de Rusia, volviendo á salir de él tambien proscritos. En vano se apiñaban los Católicos en su derredor, y les pedian con las lágrimas en los ojos que no les abandonasen; en vano tambien Coince y Krukowski lloraban con sus fieles: el sacrificio estaba consumado, los Jesuitas debian partir. Manifestó el pueblo su justo dolor con las mas tiernas demostraciones; tambien el Gobernador de Riga se asoció al quebranto general, como lo demuestra claramente la siguiente carta que escribió en 13 de julio de 1820 al discípulo del Instituto, y que puede ser considerada como un tierno resumen de las obras de piedad debidas al ardiente celo de los Jesuitas.

«Mi muy reverendo Padre:

«Si no he contestado hasta el presente á la carta con que me honrásteis en 1.º de abril último, es porque conservé siempre durante este tiempo la esperanza de ver aplazar el día fatal de vuestra partida; hoy, empero, que está ya este fijado, apresúrome, mi reverendo Padre, á preveniros que he hecho las órdenes necesarias para que se os facilite, así como á los demás Padres que parten con vos, todo lo que podais necesitar durante el viaje. Los nobles sentimientos de que os sentís animado hácia mí, y que me demostrais en vuestra carta, me han recordado, reverendo Padre, el vivo dolor que experimenté algunas veces por no poder contribuir como lo hubiera deseado á todo el bien que hicisteis y deseásteis hacer, y me han afectado sensiblemente no solo por la pérdida que va á experimentar la comunidad católica

«y todos los habitantes de Riga en general, sino tambien por la «orfandad en que van á quedar las escuelas, el hospital, la Sociedad de damas seculares de la Misericordia, y todos los monumentos en fin que bastarian por sí solos á atestiguar vuestro celo y «asiduos cuidados por la ciudad de Riga, si además vuestra conducta y la de los demás Padres no os dieran los mayores derechos «al sincero pesar que causa vuestra separacion. Persuadido como estoy, reverendo Padre, de que afectará vuestro corazon vivamente el «tener que separaros del bien que habeis hecho, me apresuro á calmar un tanto vuestro pesar, asegurándoos que haré todos los esfuerzos posibles por conservar en su estado actual todos los establecimientos de que os es deudora esta ciudad. Dirijo al cielo los «mas ardientes votos por vuestra felicidad, y solo me resta deciros «que podeis disponer de mí en cuantas ocasiones me considereis «útil, y creerme siempre un amigo á vos sinceramente unido. — «P. MARQUÉS DE PALLUCCI.»

El mismo amor hácia la humanidad se nota en todos los puntos mas miseros y apartados de la Rusia, pues en ellos es donde con preferencia van á morar los Jesuitas, y desde los cuales atienden, como madre tierna y cariñosa, á todos aquellos dolores del alma y del cuerpo, que nadie, excepto ellos, ha parecido siquiera notar. Existe en Mozdok, á orillas del Cáucaso, una colonia formada de prisioneros y de desgraciados de todos los pueblos, la cual yace en la mas estúpida ignorancia, sin pensar mas que en satisfacer sus vicios y sus odios; ni aun la misma fuerza habia podido ablandar la dureza de aquella naciente colonia. Visto por el emperador Alejandro el ningun resultado de sus esfuerzos para civilizar á aquel pueblo feroz, quiso que los Jesuitas se encargasen de una mision tan difícil, y que hiciesen la última prueba. En efecto, dirigense los Padres á aquel punto al cual su deber y su generosidad les llaman; sufren gustosos todas las persecuciones y ultrajes de que son, desde su llegada, el blanco; pero finalmente hácia el año 1810 llegan á la solucion del problema. Vencidos los colonos de Mozdok por la perseverancia de los Jesuitas, les entregan sus armas, y ya el P. Woyzevillo se lanza en el Cáucaso para anunciar á los indígenas el Dios muerto en la cruz. Levántanse nuevos obstáculos que logran contener en un principio el rápido progreso de los Jesuitas; pero pronto son vencidas todas las dificultades que tiendan á entorpecer su marcha por la paciencia y asombroso aliento de los Padres Su-

ryn y Gil Henry, apóstoles de aquellos hombres semibárbaros, que pronto se convierten en ángeles protectores de las tropas rusas acampadas en aquellas regiones, expuestas cada dia al doble azote de la peste y la guerra.

¡Cuántas inauditas privaciones y horrorosos sufrimientos estaban reservados á los Jesuitas al levantar su tienda en las ásperas montañas! Ninguno, sin embargo, retrocede á la voz de su jefe; antes al contrario, impulsados por un nuevo ardor ante la perspectiva de tantos sufrimientos, saben aceptar gustosos la vida de tribulaciones y peligros á que va á exponerles su caridad ardiente. Véase en prueba de ello la siguiente carta que escribió el P. Gil Henry desde Mozdok, el dia 29 de junio de 1814: «Acaba de publicarse «una orden para que partan los polacos inmediatamente á su patria: «si bien participo de la satisfaccion que les causa el alzamiento de «su destierro, se me oprime sin embargo el corazon al ver partir «á esos desgraciados á quienes regeneramos, por decirlo así, al «transformarlos de osos en mansos corderos. Me son tan gratos ahora los gastos que he hecho en estos últimos dias, como tristes me «serán aquellos dias en que no deberé privarme ya de mi pan ni de «mi comida para saciar al hambriento, ni tampoco desprenderme «de la capa, botas y medias para cubrir los miembros preciosos de los «hermanos muy amados de mi Salvador. Parecerá á la verdad faltarme algo, cuando me vea obligado á volverme á casa sin el «meroso cortejo que me procuraba mi permanencia entre esos desgraciados. Si algo debo sentir, es el no haber confiado lo bastante «en la Providencia, privándome mucho mas de mis alimentos y reposo por consolar sus dolores.»

En 13 de julio de 1814 escribia el mismo Jesuita: «Ha habido en «Astrakhan una grande alarma por haberse creido que el R. P. Surnyn habia caido en poder de los paganos: siete años há que «abrigo yo los mismos temores con respecto á nuestro superior. «¿Seria acaso una desgracia el que cayera prisionero alguno de nosotros «ejerciendo su santo ministerio? Yo creo que no; porque «aquel feliz cautiverio romperia probablemente las cadenas con que «sujeta el infierno á los montañeses. ¿Seria una desgracia el que «fuera sacrificado uno de nosotros al furor de los paganos? ¿No «enarbolamos acaso nosotros el glorioso estandarte de la Cruz, persuadidos de que es la sangre de los mártires la semilla mas fecunda de los Cristianos?»

El 10 de agosto de aquel mismo año , habia dejado ya el P. Henry de desear tan ardientemente el martirio. Referia las calamidades á que se veian expuestos los pobres cristianos y soldados cautivos confiados á su cuidado : hablaba luego de las nubes de langostas que talaban los campos infestando la atmósfera ; y acababa describiendo la peste con todos sus horrores , y pidiendo gracia por su evangélica caridad : « Solo me resta , añadía , pedir perdon de los gastos que he hecho. ¿ Cómo obrar de otro modo ? ¿ Qué regla podia observar cuando morian los enfermos por carecer de alimentos , y salian otros del hospital sin tener siquiera camisa para cubrir sus carnes ? ¿ Qué hubiérais hecho en mi lugar , si hubiéseis encontrado como yo al hijo del conde Potocki , descalzo y enteramente desnudo ? ¿ Podia culpármese por haber pedido su pañuelo á la primera dama que se me hubiese presentado , sus botas á un cosaco , ni su camisa á otro hombre cualquiera ? Son tan frecuentes estos casos , que ya desde Pascua estoy sin un cuarto , y no obstante debo continuar gastando trescientos rublos por mes , sin haber contraido hasta ahora , gracias á la Providencia divina , deuda alguna. Todos estos desgraciados hubieran sucumbido al general azote , sin que ni uno solo hubiese podido traer noticias nuestras á Polonia , á no haberme interesado vivamente por ellos , y logrado del General que expidiese una orden para que salieran inmediatamente todos los polacos de Mozdok , incluso los enfermos , que debian trasladarse en carruajes. ¡ Cuántos tristes adioses voy á recibir ! Mas ¡ consoladores son en parte los que recibo cada día de los moribundos , cuando en el momento de espirar vuelven todavía hácia mí sus apagados ojos , como para decirme : *¡ Hasta el cielo , mi querido Padre !* »

Tales son las vastas conspiraciones en que se ocupaban los Jesuitas sin cesar. Lo que con tanta sencillez describe el P. Henry , lo confirman tambien todos los demás jesuitas dispersos por el vasto imperio de Rusia , mucho mejor que con sus escritos , con sus mismos actos. Pasan los días y las noches ocupados en procurar pan á los hambrientos , y toda clase de socorros temporales y espirituales á los apestados. No hubo , mientras permanecieron los Jesuitas en aquella tierra de desolacion , ni una sola desgracia que no fuese consolada segun su intensidad , ó segun los medios de que podia disponerse para socorrerla. Cuando sonó mas tarde en ella la hora del destierro , escribió el P. Gil Henry al P. Grivel su última carta , concebida en estos términos :

« Diez y seis años há que vivimos en Mozdok , situado al pié del monte Cáucaso , sin que nos haya sido permitido durante este tiempo , á pesar de haberlo intentado repetidas veces , penetrar en el interior del país habitado por unos bárbaros , paganos ó mahometanos , que consideran como una laudable accion el asesinato de un cristiano. Sin embargo , no han sido nuestros trabajos del todo inútiles ni para los colonos del país , ni para las tropas que pasan por él sin cesar , yendo del mar Negro al mar Caspio y de Mozdok á la Georgia. Desde que se vió la Rusia invadida por los franceses , puede decirse que no hemos tenido en este país ni un momento de reposo. El Gobierno ruso envió á estas colonias doce mil polacos prisioneros , hombres sin fe y sin costumbres , á quienes nos hubiera sido imposible morigerar á no diezmarles la peste y los rigores del destierro ; no obstante , hemos aprovechado las tristes circunstancias de este doble azote para inculcarles mejores sentimientos , y Dios ha bendecido nuestra obra.

« Tenemos en Mozdok doscientos católicos , en su mayor parte armenios , que no dudo sabrian arrostrar todos los peligros y hasta la misma muerte por su fe. Como pasan por esta muchos extranjeros que van ó vienen de Rusia á Georgia , ó á la China , y no hay ninguna posada en la poblacion , hemos hecho edificar un grande hospicio en el que se recibe indistintamente á todos los viajeros sin retribucion alguna , por todo el tiempo que nos es posible : muchos son los ingleses á quienes hemos tenido el gusto de dar hospitalidad desde que existe este establecimiento. Tambien hemos hecho construir una grande iglesia. Solo sentimos que despues de haber trabajado tanto en bien del Estado , quiera expulsárenos de él como á todos los demás jesuitas ; y lo que nos es mas doloroso aun es , que no contentos con expulsarnos , pretenden todavía deshonorarnos hasta el punto de proponernos la apostasia , sin omitir promesas ni amenazas para hacérnosla abrazar. Infructuosos han sido , no obstante , todos sus esfuerzos , por haber contestado todos unánimemente , que queríamos , con la gracia de Dios , vivir y morir en la Compañía de Jesús. »

Expulsábase á los Jesuitas del Cáucaso , en el momento en que el Asia iba á abrirles sus puertas. Los armenios , que despues de haber sacudido el yugo de los persas , pasaron á la dominacion de los rusos , mostraban la mas viva repugnancia en abrazar el cisma de los griegos ; hé aquí por qué invocaban sin cesar á los misioneros

para confirmarse en su fe. Animada también la Persia del mismo deseo, clamaba igualmente por la Sociedad de Jesús, que le hiciera entrever un día el emperador Napoleón. Cuando en el mes de enero de 1808 firmó el general Gardana un tratado de alianza con la Persia, quería Napoleón que se le reconociera en Asia como sucesor directo de los reyes sus predecesores, y á este fin hizo insertar sin duda en aquel tratado una cláusula verdaderamente extraordinaria. Exigia la mas decidida protección en favor de los Jesuitas, á quienes tendria la Francia el derecho de enviar á Persia, y esto en el momento mismo en que se veian los Jesuitas proscritos de su Imperio, y cuando no habia procedido el Papa todavía á su rehabilitación¹. El nombre de jesuita, como se ve, habia resonado ya á lo lejos llevando en pos de sí una significación que se consideraban felices en admitir los orientales. Napoleón, en presencia del coronel Mazorewicz, embajador de Rusia en Teheran, procuró aceptar desde luego aquel medio de influencia.

Habiase calumniado á los discípulos de Loyola que pasaban su vida entre los hielos de la Siberia y en las montañas del Cáucaso, en medio de la miseria de los indígenas y las tristezas de los desterrados. Cuando supo el Gobierno que la determinación de estos Padres

¹ El tratado que se firmó á la sazón entre Francia y Persia, contenia en su artículo 13 las siguientes cláusulas:

« Todos los sacerdotes que se hallarán en Persia para instruir y dirigir á los cristianos, deberán ser honrados con toda la benevolencia de S. A. bajo la condición de que no se inmiscuirán los primeros en nada concerniente á la fe musulmana, ni se permitirán ningun ataque contra esta Religión. Los clérigos, monjes y religiosos de la ley de Jesús que moren en Persia para llenar las funciones de su culto, estarán á la sombra de la protección imperial, sin poder ser vejados por nadie mientras no se separen del círculo de sus deberes, ni hieran ó contraríen la creencia musulmana; si algun musulman, armenio ó europeo, se mostrase irreverente con aquellos sacerdotes, deberá el juez del distrito, despues de averiguada la falta, castigar á su autor, á fin de que tenga en lo sucesivo á los sacerdotes el respeto que les es debido. No podrán oponerse los jueces á que los cristianos que habiten en el Dagestan, Tauricz, Kara-Bagh, Yrak, Farsistan ni en las demás provincias del Imperio, profesen á los sacerdotes el mayor respeto. Nadie podrá molestar tampoco á los armenios ni á los hijos de estos que permanezcan con los sacerdotes, sea al objeto de instruirse, ó de servirles. Si desean los religiosos edificar una capilla ó templo, no solo no podrán impedirselo, sino que deberá además cedérseles un terreno, conforme está prevenido en el artículo 2.º » (*Recopilación de tratados de comercio y navegacion celebrados entre Francia y las Potencias extranjeras*, por el conde de Hauterive).

era tan inmutable como la de sus compañeros; Galitzin, que reconoció la necesidad de conservarlos, les propuso la última transacción. Consistia esta en que quedarian libres de ser fieles á sus votos, y se les aceptaria como jesuitas, con tal que consintieran en dejar su hábito y su nombre. Los misioneros, empero, que tenian mas apego á su Instituto que al suplicio ó Calvario en que se habian colocado voluntariamente, Calvario ó suplicio que no debia por otra parte faltarles en cualquier parte que se dirigiesen, no quisieron aceptar aquel compromiso. Mas de un año duraron las negociaciones; cuando partieron los Jesuitas de aquellos lugares en que endulzaran tantos sufrimientos y enjugaran tantas lágrimas, fueron colmados por los gobernadores generales del país de toda clase de atenciones y muestras de estimación. En la Crimea, como en las orillas del Volga, y en todos los países que habitaban, no fue menos sentida y cruel su separación. El marqués de Pallucci deploró su partida, el general del Pozzo que mandaba en Astrakhan murió de dolor, y los cristianos del Cáucaso se expusieron hasta el punto de desobedecer la orden del Autócrata, que les privaba para siempre del consuelo de los Jesuitas. Buscáronse en Alemania y Polonia eclesiásticos para reemplazar á los Jesuitas que evangelizaban aquellas montañas; pero ni uno siquiera se presentó á consolar á los infelices caucasicos que iban á quedar sumidos de nuevo en la orfandad y la miseria.

Las Asociaciones bíblicas iban triunfando en Rusia de la Compañía de Jesús; pero no debia ser de larga duración su victoria. Habian tomado estas Asociaciones un incremento tal en el reinado de Alejandro, que no tardó en conocer el Czar que lejos de crearse, tolerándolas, súbditos fieles, solo habia logrado imponerse dueños. El alma inquieta del Emperador, que buscaba en todas partes la verdad como un alimento necesario á sus ideas, trató al fin de cortar el vuelo de estas Sociedades, cuyos planes no eran ya para él un misterio, ni mucho menos una ilusión que halagara sus dorados sueños. Cuando, segun se dice, confesó el Emperador en los últimos instantes de su vida la divinidad y preeminencia del Catolicismo¹, legó al

¹ Este regreso á la unidad católica no viene confirmado por ningun documento oficial ni testimonio público. El carácter de Alejandro, su inclinación por la verdad religiosa y las tristezas de sus últimos años, han contribuido, sin duda, á acreditar un rumor que hasta aquí no ha podido tener otro fundamento que la entrevista del Czar con el Príncipe abad de Hohenlohe, cuyo nombre